

SEGUNDO DOMINGO DE PASCUA: PIEDAD DIVINA B/2006

Nuestro Dios es Dios vivo, Dios que da la vida y deja esto prospera en cada uno de aquellos que le pertenecen. Él ha prosperado esta vida en su querido Jesucristo levantándolo de los muertos. Los apóstoles atestiguan a la resurrección de Jesús, cuando oímos en la primera lectura, con coraje y alegría. Su testimonio es poderoso porque es hecho no sólo con la valentía, sino también sin el miedo y sin tener en cuenta insultos y amenazas en su propia vida. Sólo una cosa los contó, a saber proclamar a alguien, que podría escucharles, que Jesucristo es resucito.

El testimonio de los apóstoles a la resurrección de Jesús sólo no fue dado en palabras y discurso, sino también en la creación de un nuevo estilo de vida fuerte de la comunidad. Ellos fueron unidos “corazón y alma” el uno con el otro de aquellos que dieron su vida a Cristo por compartir sus posesiones materiales. Una comunidad fundada en tales principios de comunión, “tan diferente de aquellos comúnmente aceptados, no podía ir desapercibida”. Todos gozaban de gran estimación entre el pueblo.

¿Por qué se esforzaron los apóstoles por vivir tal estilo de la vida? Uno de los motivos es que, Cristo resucito siendo invisible, quisieron demostrar al mundo que él vive, llamándolos para aumentar una nueva sociedad fundada en los valores del reino de Dios. En otras palabras, es sólo cuando somos capaces de formar una comunidad inspirada por amor, generosidad y desinterés que somos capaces de demostrar que el Espíritu de Cristo resucito está entre nosotros. Por otra parte, se hace muy difícil para fingir ser tocado por la resurrección de Cristo mientras nuestra vida es lejana de ser de acuerdo con su Espíritu. ¿De hecho, cómo podemos convencer a la gente que Cristo es resucito sin pruebas de amor concreto, ayuda recíproca y fraternidad?

Esta declaración muestra claramente que la resurrección de Jesús pertenece al reino del testimonio vivo y no de la prueba científica. Es el problema que el Evangelio de hoy destaca por la duda de Tomas. De hecho, cuando Jesús apareció a los discípulos mientras él no estaba allí, a Tomas le cuesta creerlo. Él hasta endureció su posición en el refrán que si no vea la señal de los clavos y si no mete su dedo y su manos en los agujeros no creerá.

El reproche de Jesús a Tomas: “no sigas dudando, sino cree, es una indicación que la fe es, en primer lugar, una materia de confianza en la palabra de Dios y no de la prueba. La fe nunca puede ser fundada en lo que uno ve. La resurrección nunca puede ser probada científicamente. Como el escritor francés Anthony de San Exupery dijo correctamente en su “el Pequeño Príncipe”: Lo que es esencial es invisible a los ojos; uno ve bien sólo con el corazón. ¿Cómo podemos tener aquellos ojos del corazón? Este es el desafío de la vida cristiana. Si uno quiere ver, verificar y tocar los misterios de Dios, él no va en ninguna parte. Podemos acercarnos a los misterios de Dios sólo con nuestro corazón. Tan parezcan las palabras de Jesús encajadas: “dichosos que creen sin haber visto”

El Señor resucito ahora tiene una vida que no puede ser descubierta por nuestros sentidos, una vida que no puede ser tocada a nuestras manos o vista con nuestros ojos; esta sólo el objeto de nuestra fe. Este es verdadero hoy cuando esto era también en el tiempo de los Apóstoles a pesar de su privilegio de tener una experiencia única de la Resurrección de Cristo. Aquellos que creen sin la vista son dichosos, porque su fe es más pura; es más que el conocimiento. Esto es una confianza que no tiene que ser

probada por pruebas externas. Uno quién ve tiene la certeza, no la fe; él tiene una prueba irrefutable, y por lo tanto, realmente no necesita la fe. Si las pruebas fueran importantes, entonces todos los pueblos que han visto los milagros de Jesús creerían en él, y aún no cada uno hizo.

Si hay alguna prueba convincente sobre Jesús, como una figura histórica y el Señor resucitado, esto es la existencia del Evangelio sí mismo. Es lo que San Juan trata de decirnos cuando él dice que "Otras señales milagrosas hizo Jesús en presencia de sus discípulos, pero no están escritas en este libro. Se escribieron éstas para que ustedes crean que Jesús es el Mesías, el Hijo de Dios, y para que, creyendo, tengan vida en su nombre". Aquí está la única prueba dada a alguien buscando motivos de creer, que es el Evangelio. Es donde encontramos la palabra de Cristo y lo que él ha hecho, es donde su persona es el más claramente mostrada.

¿Qué nos trae Cristo resucitado? El primer regalo que Cristo nos trae es su paz. No hay ninguna cosa valiosa que alguien puede desear para él que la paz de corazón. Jesús sabe que vivimos en un mundo preocupado, donde somos encarados con muchos problemas y dificultades. Como los discípulos, a veces, nuestros proyectos de la vida han estado rotos y nuestros sueños convertidos en pesadillas. Jesús viene para asegurar que él está con nosotros por traernos su paz.

El segundo regalo del Señor resucitado es el Espíritu Santo. Este es la fuerza sin la cual no hay ningún modo de complacer a Dios. Ya que sin su Espíritu nosotros no podemos llamar Dios "Abba" o atestiguar al Evangelio. La transformación que vemos en los discípulos después de la resurrección de Jesús viene exactamente del Espíritu Santo que han recibido de Jesús. Este Espíritu Santo es la fundación del sacramento de reconciliación. En el sacramento de reconciliación Cristo funciona por el poder del Espíritu Santo en los ministros benditos para traer el perdón al mundo. Por eso antes de dar a los apóstoles el poder de perdonar los pecados, Jesús dice: "Reciban al Espíritu Santo. A los que les perdonen los pecados, les quedaran perdonados, y a los que no se los perdonen, les quedaran sin perdonar".

Este segundo domingo de la Pascua celebramos la piedad Divina. Este fiesta instituida por Papa Juan Pablo en 2000 basada en las escrituras de la Santa Faustina Kowalska trae adelante la realidad que Dios es misericordioso. Él quiere perdonar nuestros pecados. Él espera que el fiel sea misericordioso por su parte y le gire en fideicomiso y arrepentimiento. Cuando Dios perdona nuestros pecados, él manifiesta el poder de su amor. Él solo puede crear en nosotros un corazón puro y, en efecto, él hace, ya que él lamenta que cada uno no pudiera ser salvado. Él es sensible y misericordioso, lento en enfadar y lleno del amor. Nuestra renovación en el Espíritu Santo es una invitación de vivir como Cristo, totalmente considerando enamorado de Dios y de nuestros hermanos y hermanas. Pedimos a Dios que nos transforma en la imagen de nuestro Señor Jesús.

¡Que Dios los bendiga todos!



Fecha de Sermón: Abril 23, 2006
© 2006 – Padre Felicien Ilunga Mbala
Contacto: www.mbala.org
Nombre de Archivo: 20060423homilia.pdf